

¡ME LO PASO DE MUERTE!

Carlos Martínez de Tejada

© 2025, Carlos Martínez de Tejada
© 2025, Editorial Runaris

Diseño editorial: Editorial Runaris
Contacto: info@editorialrunaris.es
Web: www.editorialrunaris.es
ISBN: 9788409750634
Sello: Editorial Runaris

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida, salvo autorización expresa, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, total o parcial, en cualquier soporte y por cualquier medio técnico, incluyendo la reprografía y el tratamiento informático, conforme a lo establecido en la legislación vigente sobre propiedad intelectual.

La infracción de estos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual tipificado en los artículos 270 y siguientes del Código Penal español.

El titular de los derechos se reserva el derecho de ejercer las acciones legales, civiles y/o penales, que correspondan para la defensa y protección de esta obra.

A:

Vero, siempre a tu vera.

Álvaro, ¡Holei!

Luz en el Cielo.

AGRADECIMIENTOS

Jaime, Javi (Ajuntament de Palma), por la confianza.

Belén (Ajuntament de Palma/Infraestructuras/Presi), por la iniciativa de esta idea loca.

Laura (RR. SS. Ajuntament), por estar siempre ahí.

Carlos Garrido Torres, por su sabiduría.

Josué, Enric (Teatritx, visitas dramatizadas y teatralizadas), por un enriquecedor enfoque.

Roger, Elena (Tándem Comunicación, RR. SS. EFM), por su compromiso y amor a Son Tril·lo.

Aina, por recuperar la historia musical.

Margarita, por revivir la historia oculta.

Titín, Cati (EFM, ¡fabuloso equipo!), por su ayuda sin límites.

Miquel, Bernat, Neus, Tere, por tanta enseñanza y entusiasmo.

Compis EFM, por su especial dedicación y su inmenso corazón.

A la gente de la Editorial Runaris, por su valentía y apoyo.

Juan Diego y Catalina, familia, ¡la vida misma!

NOTAS

Algunos personajes son reales, otros no.

Algunos nombres son reales, otros no.

Algunas situaciones son reales, otras...

ÍNDICE

PRÓLOGO

¡Estoy muerto!.....	15
---------------------	----

CAPÍTULO 1

¡Quince mil... y yo!.....	25
---------------------------	----

CAPÍTULO 2

¡Amo la música!.....	39
----------------------	----

CAPÍTULO 3

¡Como un cohete!.....	53
-----------------------	----

CAPÍTULO 4

¿Estoy muerto?.....	65
---------------------	----

CAPÍTULO 5

¡Mamá!.....	77
-------------	----

CAPÍTULO 6

Queridísima Miqueleta.....	95
----------------------------	----

CAPÍTULO 7

¡Poesía!.....	103
---------------	-----

CAPÍTULO 8

¡Qué arte!.....	111
-----------------	-----

CAPÍTULO 9

¡Susto!.....	121
--------------	-----

CAPÍTULO 10

¡En el cielo, bajo tierra!.....	133
---------------------------------	-----

CAPÍTULO 11

¿Y mi traje?.....	143
-------------------	-----

CAPÍTULO 12

¡Salud!.....	163
--------------	-----

CAPÍTULO 13

¿Piña o calavera?.....	171
------------------------	-----

CAPÍTULO 14

¡Los muertos pueden bailar!.....	185
----------------------------------	-----

CAPÍTULO 15

$F = (Gm_1*m_2)/r^2$	193
----------------------------	-----

EPÍLOGO / ¿EPI... TAFIO?

¡Vive!.....	205
-------------	-----

*Una historia sin sentido,
como, en ocasiones,
la vida misma.*

PRÓLOGO

¡Estoy muerto!

¡Te acompaño, que estoy muerto! ¡Te acompaño, que estoy muerto! ¡Te acompaño, que estoy muerto! ¡Te acompaño, que estoy muerto!

* *

Este había sido un año sobradamente extraño... Muy bonito, es verdad, si bien bastante diferente...

No había dejado de aprender cosas nuevas, cada día, de unos magníficos profesionales. Personas con un gran conocimiento y una empatía infinita.

Había sido un año con muchísimas tareas que realizar, formando parte de un equipo fabuloso y un muy buen ambiente de trabajo.

Eso sí, un año intenso.

En efecto, este año habían pasado muchísimas cosas. ¡Muchísimas!

Unas, verdad.

Otras, fantasía.

Otras más, supongo, interpretaciones algo estrambóticas del autor.

Pero todas ellas, ¡todas!, apoyadas sobre la asombrosa y muchas veces desconocida —¡sí, qué pena!— historia de la ciudad.

¿Y cuál es el sitio en el que se guardan todas las historias de la ciudad?

¿Y dónde están esas historias que nos acompañan..., mientras las recordemos?

Pues eso...

¡Aquí!

* *

La visita guiada al Cementerio era una bonita iniciativa, sin duda.

Y una gran alegría el soporte que estaba dando el Ayuntamiento a esta idea de abrir el Cementerio a la ciudad y a sus ciudadanos...

Un lugar que, hasta no hace mucho, era temido y desconocido... pero que, poco a poco, se va descubriendo... transmitiendo mucha paz y amor...

Estas visitas permiten mostrar un auténtico museo al aire

libre. Un gran parque que, ya hoy, se encuentra entrelazado con la trama urbana. Un espacio de historia, cultura, arte, naturaleza, deporte...

Decidí, pues, dar un “voltio” por el Cementerio, ver las piezas fundamentales, disfrutar del recorrido... desconectar del día a día.

Durante el “voltio” pude percibir que, tras una larga semana de trabajo, soportaba un cansancio monumental...

En ese momento me entró un fortísimo dolor de cabeza, tenía mareos y apenas podía abrir los ojos.

Sin embargo, la idea de apuntarme a la visita guiada creo que era una increíble oportunidad para poder hacer algo realmente distinto.

Podía calmarme, desconectar, relajarme, aprender muchas cosas nuevas..., con tranquilidad, sosiego y una paz interior indiscutible.

No estaba dispuesto a perderme la visita... ¡No!

¡Por nada del mundo!

* *

¡Y allí que me fui!

La visita comenzó en el acceso principal, la Puerta de 1938, que da a la rotonda.

Una vez allí, entramos en el Cementerio Nuevo, la zona monumental.

Acabado este recorrido, continuamos por el Cementerio Viejo, por su parte de arriba —la más antigua— y la de abajo —la siguiente en ser ejecutada—.

Seguimos por el Cementerio Novísimo, que se abrió en su momento para permitir su crecimiento.

Y acabamos dando una vuelta, también, por la zona de Ampliación —próxima al Tanatorio—, tras el paso sobre el recién estrenado puente que cruza el torrente de la Riera.

Esas zonas son las distintas partes que componen el Cementerio, según el momento de su puesta en marcha y que, con mucho cariño, se enseñaban a los visitantes, mientras se narraba su pasado... y su presente... y su ¿futuro?

Durante la visita se habló —mientras veíamos los distintos sitios—, de historia, arquitectura, escultura, urbanismo, personajes ilustres, naturaleza...

El público asistía expectante, impresionado, ilusionado, emocionado...

¡Una grandísima sorpresa! ¡Una increíble alegría!

Unos aplaudían. Algunos cantaban. Varios bailaban... sí, ¡impresionante!

Los visitantes lograban huir del miedo normal que este

sitio provocaba antes.

Muchos de ellos hacían fotos y *selfies* con sus móviles. La mayoría disfrutaba.

Yo veía la visita un poco desde fuera, intentando no molestar demasiado al público. Tampoco a Josuè y Enric, que lo explicaban todo maravillosamente. Y en mi mente tomaba nota de tantas cosas fascinantes.

* *

Pero, de repente, la visita guiada adquirió un sesgo algo distinto.

Una señora —que dijo llamarse Amalia— se acercó al grupo... y todos la dejaron pasar.

Se encontraba perdida y muy asustada, pero quiso explicar, con sumo detalle, la extraña historia que acababa de vivir en el cementerio.

—¡Una historia terrorífica! —dijo alterada—.

Según nos contó, se había desorientado y no tenía ni idea de cómo continuar su camino... y un hombre muy amable se le había aproximado...

—¿Necesitas ayuda? —le dijo aquel hombre—.

¿Estás perdida?

Yo te puedo ayudar... me conozco muy bien el

Cementerio...

—En principio parecía agradable y solidario —expresó Amalia—. Pero todo cambió de repente.

En efecto, este hombre se dirigió a ella:

—Conozco el Cementerio..., dijo el hombre—, porque estoy enterrado en aquella tumba...

Sí, sí —expresó, señalándola— ¡La de la figura alargada y una lápida negra con letras doradas!

Sí, sí —continuó—. ¡Esa misma!

¡Te acompaño, que estoy muerto! ¡Te acompaño, que estoy muerto! ¡Te acompaño, que estoy muerto! ¡Te acompaño, que estoy muerto!

La visitante, Amalia, salió corriendo hacia el grupo y sus fuertes brazos rodearon a Titín. Un abrazo temeroso y desesperado.

—¡Ayuda! —dijo—. ¡Ayuda!

Titín, muy amablemente, la tranquilizó, la llevó fuera y se despidió de ella.

Amalia huyó, agradecida, aunque la sorpresa y el pánico continuaban en sus ojos.

* *

A pesar del incidente, la visita continuó hasta las 9:30 de la noche.

A esa hora, yo continuaba muy muy cansado... y mantenía el fuerte dolor de cabeza. Me sentía muy débil y ya casi no me tenía en pie.

Continué como pude, apoyándome en cualquier saliente e intentando no quedarme muy atrás.

Al acabar, me despedí de Josuè, de Enric, de Elena, de Roger, de Aina, de Laura, de Rafel, de Cati, de Titín... mis amigos y compañeros de grandes aventuras en el Cementerio...

Todos cogieron sus coches, sus motos o iniciaron su vuelta andando.

Yo, como de costumbre, decidí dirigirme a buscar mi bus, el 29.

Me fui andando hasta la parada y aguardé un rato a que llegara.

Subí al bus y admiré, como siempre, la bella ciudad que había a mi alrededor.

Era un trayecto no muy largo.

El bus se dirigía hacia el mar que rodea la isla en la que vivo y donde, desde muchos puntos, se podían divisar los mástiles de los barcos que en el puerto fondean diariamente.

¡Una maravilla!

Así solía irme, al encuentro con mi familia, rumbo a la costa, rumbo a mi hogar, rumbo a la cama que allí siempre me esperaba.

A mi alrededor, en el bus, todos solían ir muy callados. Muchos miraban el móvil. Algunos leían con pasión. Y yo, normalmente, callaba e intentaba mirar el paisaje por la ventanilla.

Esa noche no recuerdo muy bien el trayecto que hice... ni cómo llegué a acostarme.

Continuaba agotado, con dolor de cabeza y muy muy mareado.

—¡Estoy muerto! —pensé... y plácidamente me quedé dormido mientras disfrutaba del sonido de las olas del mar que, fuera cierto o no, desde aquel lugar de descanso parecía escuchar a lo lejos—...

¡Estoy muerto!

CAPÍTULO 1

¡Quince mil... y yo!

¿Qué hora era? No lo sé.

Solo sé que notaba un bamboleo..., como el producido por las olas de la mar.

Abrí los ojos lo que pude.

Estaba a bordo.

¿A bordo? ¿Cómo es eso si, como cada noche, me había acostado en mi casa? ... ¿O no? Había sido una noche tan larga que, quizás, no fue así.

Subí a cubierta... una cubierta cuyas formas no recordaba... ¡Así es el cansancio!

Al mirar a los tripulantes de cubierta me sentí extraño, pues no recordaba a ninguno de ellos.

Todos los marinos vestían ropa humilde que, probablemente, llevaban años usando... Dos de ellos tenían muy mala cara... lo que se veía de ella, pues llevaban cabeza y brazos cubiertos, a pesar de que no hacía frío, precisamente...

y eso que —pensaba yo— estábamos en verano... ¿O no?

Tampoco hacía yo muy buena cara, creo, tras la novecita pasada...

Me sorprendió mucho la mala mar. Quizás por ello el dolor de cabeza y el mareo que sentía.

En ese momento, el vigía alertó de que nos acercábamos al puerto...

¿Qué puerto? ¡Qué raro! ¡Qué torre tan distinta a las que hay cerca de mi hogar! ¡Cuántas naves tradicionales! ¡Preciosas y bien mantenidas!

—Hemos de ir alerta —rugió el capitán—. ¡Atención a los guardas de la mar!

Y así lo hicimos, a pesar de la mala mar que rompía contra la escollera... ¡Alerta todo el trayecto!

El timonel tenía, sin duda, una gran experiencia; eso se percibía de lejos. Pero se las veía y deseaba para seguir las instrucciones del capitán.

Aun así, pudimos sortear el oleaje, el viento racheado, los espigones de acceso y, muy importante, los guardas de la mar.

Al llegar y atracar en el puerto, fui el primero en bajar del barco... tenía muchas ganas de estar ya en tierra firme y olvidarme de ese cimbreo constante.

Continuaba mi dolor de cabeza y seguía bastante mareado tras la convulsa entrada a puerto... Eso sí, ningún compañero me impidió bajar. ¡Muchas gracias!

Tras de mí desembarcaron los compañeros de la cara y brazos cubiertos... Entendí que tocaba descargar y, quizás, por ello iban ataviados de aquella forma...

Quizás todo tenía que ver con la seguridad necesaria en el trabajo de descarga y la protección del cuerpo de quienes la realizaban.

¿Qué carga llevaría la nave?

Miré a mi alrededor. Había mucha gente aguardando. Quizás para ayudar en la descarga. Todos hablaban entre sí. Ninguno llevaba el móvil pegado a los ojos. ¡Qué raro!

Cuál fue mi sorpresa cuando escuché que, desde la embarcación, el capitán, a voces, daba la orden de ¡levar anclas!

¿Y la carga?

Y nosotros tres..., ¿qué diablos hacíamos solos en aquel puerto?

* *

Apoyado en la rocalla, descansé un poco... ¿Cuánto tiempo? No estoy seguro.

Cuando finalmente me puse en pie, vi cosas muy

extrañas..., ¡muy muy raras!

Me quedé estupefacto, viendo a la gente correr a toda velocidad. La gente huía de mí y de mis compañeros como si fuéramos seres malignos.

A lo mejor para no tener que ayudarnos...

No lo entendía... ¿Qué más daba, si la carga ya no se había de bajar del barco?

Y la gente seguía huyendo. Unos caían y se volvían a levantar, otros se desvanecían durante un rato, otros ya no se levantaban más.

¡No entendía nada!

Pero no me gustaba lo que pasaba y no me pensaba quedar allí a esperar.

Salí del puerto y eché a andar.

Me sorprendieron las calles —los caminos— de tierra sin asfaltar. Está claro: el Área de Infraestructuras debía de estar pavimentando... aunque no vi ningún operario ni ninguna máquina... ¡Belén!

El camino se me hacía largo y me encontraba algo perdido, así que busqué la parada del bus. No la veía por ninguna parte. ¡Gran fracaso!

Miré a mi alrededor buscando un taxi, sin ningún éxito.

Debía ser una zona ACIRE (área de circulación restringida)... digo yo.

Sin embargo, sí que vi unas pocas carretas... y un par de calesas con caballos muy bien cuidados... ¡Qué alegría! Un equipamiento que solían usar los visitantes y que tenía mucho éxito para pasear y conocer la ciudad.

Me acerqué a un conductor y le pedí que me llevara a casa...

—Eso está muy lejos —me dijo—. ¡Lejísimos! Ya no entendía nada de nada.

¡A más de siete leguas!

—¿Ein?

—¡Sí! ¡A más de siete leguas! —repitió—. ¡Muy lejos para mi pobre caballo!

¿Y cuánto serán siete leguas? —me pregunté—... ¡Qué gente más rara! ¡Uffff!

Busqué un BiciPalma. Nada. ¿Cómo es posible?

Una legua... una legua... una legua...

¡Ay...! Intenté hacer memoria y finalmente recordé lo que significaba esa palabra.

Una legua es la distancia que una persona puede recorrer, a pie, en una hora. ¡Sí, eso es lo que era!

¡La de cosas inútiles —o no— que uno podía aprender hace años...!

Pues ya está —pensé—. Me gusta caminar. Así que me voy andando... ¡siete horas!

¿Pero dónde estoy?

Ya está, le voy a preguntar al móvil mi ubicación y cómo hacer para llegar a mi vivienda... Je, je, je, ¿qué sería de nosotros sin la tecnología?

... Pero mi móvil no estaba en mi bolsillo. ¿Se habrá quedado en el barco? ¿Habrá caído a la mar? ¿Me lo habré dejado en la visita guiada... o en cualquier otro sitio? ... ¿Y ahora qué? ¿Podré sobrevivir sin móvil?

* *

Miré un poco la posición del sol y me pareció que nada cuadraba. Está claro, no estaba cerca de mi hogar... Ni parecía la misma estación... ¡Raro!

Pregunté a quienes no huían y me dijeron qué camino tomar... Parecía que tenían ganas de librarse de mí. ¡Qué tristeza! ¿Por qué?

Me dio igual y comencé a andar...

Me extrañó que los caminos no se asemejaban, en nada, a todo aquello que yo conocía.

No parecía que avanzara al ritmo habitual. Los caminos pedregosos me sorprendían y no facilitaban la andadura... ¡Mecachis con los arduos trabajos pendientes de Infraestructuras!

* *

Al cabo de un par de horas pasaron a mi lado unos cuantos caminantes, más jóvenes y que, claro, iban más deprisa que yo. Parecía como que escapaban... o, al menos, eso decían sus miradas.

Me extrañó oírles hablar de Sóller mientras dirigían sus ojos atrás...

¿Venían de Sóller? —pensé—.

¿Veníamos todos de Sóller?

¿Qué diablos hacía yo allí?

¿Y cómo es que no vi el tren de Sóller?

¡Daba igual! ¡Llevaba ya dos horas andando!

Y así seguí. Más y más horas andando y el camino no finalizaba.

Pasaba por diferentes poblaciones y asentamientos —para mí desconocidos— e inmediatamente los dejaba atrás, sin ver allí a ninguna otra persona... ¿Quizás huían o se escondían de mí?

Oscurecía y me senté a descansar bajo una encina, un poco sorprendido por todo lo que pasaba... sin embargo, el malestar y el cansancio es así.

* *

Pasada la noche y con la cara iluminada, decidí proseguir mi camino.

Me molestaban unos granos gorduchos que me habían salido en el cuello. Normal, ¡tantas horas al sol, sin protección solar...!

Y así continué. ¡Horas y más horas!

Me sorprendió llegar a la muralla de la ciudad sin haber pasado por los barrios que la rodean... y ver la muralla en ese sitio, no al lado del mar. ¡Raro!

Hubiera jurado que la muralla ya no existía y en su lugar estaban las Avenidas... pero ya todo me daba igual. Lo que quería era llegar a mi hogar.

Crucé la muralla.

Iba agotado, con los pies doloridos de tanto andar, el dolor de cabeza no paraba... y tenía el cuello enrojecido... ¡Dichosos granos!

Sediento, entré en una taberna y bebí todo lo que pude. Mucha gente venía a hablar conmigo... o eso me parecía. ¡Qué majos!

Al salir, busqué el edificio en el que vivía... pero no lo encontré —¡qué raro!... el cansancio, sin duda—, pero sí encontré dónde poder estar un rato, descansando, charlando, cerrando los ojos, pensando en cosas agradables.

Había fiestas en las calles... O eso parecía por la cantidad de gente en acción.

Así, una vez repuesto, aproveché para salir y pasear... y bailar... ¡Me encanta bailar!

A la vuelta a la taberna me fijé que había mucha menos gente... Sin embargo, la algarabía era aún mayor. ¿El vino? Creo que no.

La gente lloraba y lloraba sin parar.

Muchísimos maldecían.

Otros se abrazaban con fuerza.

Muchos de ellos tenían granos inflamados.

Otros los iban adquiriendo poco a poco.

Algunas personas se desmayaban y caían al suelo.

Otros eran recogidos y trasladados por vecinos, conocidos o amigos.

Mucha gente era apilada en grandes montones... unos mirando hacia arriba... otros hacia abajo... otros con la cara torcida y los ojos cerrados.

La muerte se apoderó entonces de la ciudad.

100 muertos... 1.000, 2.000, 5.000, 10.000...

Se pusieron en marcha lazaretos, sitios para cuidar a los enfermos apestados, les llamaban.

Sin embargo, esos lugares de reposo y atención ya no daban abasto.

Cada día, el número de muertos aumentaba y, según escuchaba, se les enterraba donde buenamente podían, sin siquiera hacer velatorio.

El velatorio era una costumbre —dijeron a mi alrededor— que tenía por objeto asegurarse de que el difunto estaba realmente muerto y no se volvería a levantar... ¡Eso no lo sabía!

En este caso, era evidente y notoria la muerte...

Los ingleses —escuché también— enterraban a sus muertos —o a quienes creían que habían fallecido— con campanas colgando fuera de la tumba y atadas a sus dedos...

De esta manera, si aún no habían muerto, podían tocar la campana y ser rescatados... ¡Hay que ver...! y pensé... “¡Salvados por la campana!”

Sin embargo, con todos los casos que podía ver a mi alrededor —miles y miles—, los lugares tradicionales ya no daban abasto para realizar la ingente cantidad de entierros

necesarios.

Así, se tuvieron que utilizar caminos, cunetas, patios, jardines... cualquier lugar de la ciudad, sin un uso claro, era utilizado para enterrar.

Fue en ese momento cuando las autoridades tomaron la decisión de sacar los cadáveres fuera de la ciudad.

Por lo que oí, decidieron trasladarlos a enormes fosas, situadas en una gran posesión, una finca “muy alejada” de la urbe: Son Tril·lo.

Son Tril·lo había sido, en 1500, propiedad de Juan Trilli... en Joanot!... De ahí el nombre de la finca.

Desde entonces, ese espacio se usaba con diversos fines... los propios de la producción agrícola y ganadera de un terreno rústico...

También —eso escuché decir— algún que otro fin distinto... Otro fin que, en ocasiones, no tenía más intención que fastidiar al propietario.

Este nuevo destino, enterrar en Son Tril·lo a los apestados, se ve que tenía también ese mismo fin: “tocar las narices”.

¡Todo nuevo para mí!

Muchos comenzaron a maldecir, a gritos, a los tres marineros de Sóller:

—¿Cómo es posible? ¿Cómo han llegado aquí, a pesar del

control de los guardas de la mar?

Yo callaba.

—Hace cientos de años que huimos de la enfermedad —decía uno—.

—¡Ya van miles de muertos! ¡Miles y miles! ¡Muchos miles! —terciaba el otro.

¡La peste bubónica acabará con nosotros! —continuó—

—¿Pero qué ha pasado este año? —decía un tercero—. ¿Por qué está siendo tan duro 1652?

¿1652? —pensé—. ¿Qué hago aquí? Deben de estar confundidos... digo yo.

En ese momento me volvía a encontrar mal —los nervios, supongo—... y me desvanecí.

Cuando me di cuenta, estaba en medio del campo —¿en Son Tril·lo?—. En uno más de aquellos enormes agujeros allí cavados, rodeado de cuerpos y más cuerpos... centenares... miles...

Uff...

¡Quince mil... y yo!

CAPÍTULO 2

¡Amo la música!

Abrí los ojos... era tarde y sentía un poco de malestar. Normal. Tantas cosas vividas en tan poco tiempo...

Decidí arreglarme y salir. Teníamos entradas para la ópera en el Teatro Principal de Palma... y allí nos fuimos, caminando, Vero y yo.

Hicimos con calma todo el trayecto. No era fácil hacerlo de otra manera.

Jaime III estaba bastante lleno de gente de todo tipo y condición: trabajadores, operarios, dependientes, paseantes locales, turistas nacionales y extranjeros... eso sí, muy silenciosos la mayoría —con la cara pegada al móvil y sin prestar la menor atención a sus acompañantes, también muy silenciosos—.

Algunos, sin embargo, iban gesticulando y chillaban... chillaban mucho... ellos solos. ¿Charlaban consigo mismos? Eso parecía... pero no. Charlaban a través de sus auriculares inalámbricos con alguna persona alejada, por supuesto, sin reparar en quienes, silenciosos, los rodeaban.

Muchos se hacían *selfies*, ¡imprescindible para mostrar al mundo lo bien que se lo estaban pasando! —fuera ello cierto o no.

En cualquier caso, yo estaba muy emocionado por esa tarde de jueves que teníamos por delante. ¡Sabía que lo íbamos a pasar de fábula!

Nos acompañarían nuestros amigos, Juan y Marlene... ¡Siempre lo pasamos bien con ellos!

Quedamos en vernos allí, directamente en el Teatro Principal, pues se encuentra a mitad de camino de nuestras respectivas casas.

* *

Nos encanta la ópera, esa gran mezcla que abarca todas las artes: la música, la lírica, el teatro, el baile, la arquitectura, la decoración, la escenografía, el vestuario, el maquillaje, el peinado... y podría seguir.

Y, dentro de la ópera, Giuseppe Verdi... y, en especial, Aída, Rigoletto, La traviata, Otello, La forza del destino... y también Don Carlo —que nunca había visto y para la que teníamos estas entradas—.

¿Y por qué?

Por recomendación de amigos expertos...

Por su estructura, por su composición, por la historia que

relata...

Y por la polémica y feroz crítica que esta ópera recibió en su momento...

Llamadnos raros, lo entenderé.

* *

Llegamos mucho más temprano que los demás. ¡Por supuesto!

Yo soy así: calculo muy mal el tiempo de camino.

Me preocupa mucho llegar tarde, me pongo en marcha muy pronto y acabo llegando bastante antes de la hora, haciendo así que el aburrimiento cunda a mi alrededor...

¡La próxima vez, que calcule otro (creo que eso sería lo mejor)!

A pesar de todo, nos permitieron entrar al teatro. ¡Muy amables, como siempre!

Subí, busqué mi asiento y me senté un rato a descansar...

Me quedé traspuesto.

Cuando me di cuenta, estaba totalmente rodeado.

El teatro estaba lleno. ¡Llenísimo! Todos hablaban otros idiomas... normal, parecía estar rodeado de “guiris” (extranjeros en el argot jocosamente popular, ¡perdón!).

Según cuentan, el término “guiri” podría venir de la frase *where is...?* (No estoy muy seguro... “Quién sabe...” En cualquier caso, como decía, había cientos y cientos de “guiris”. ¡Muchos más que en Jaime III...! Casi todos, quizás, lo eran.

Vero y los amigos debían estar sentados en otros asientos, pues yo no los veía... aun así, era extraño tanto “guiri”...

Y era extraño el escenario, con una forma tan distinta a la que yo recordaba del Teatro Principal... ¿O no estaba en el Teatro Principal?

¡Ni idea!

Comenzó la función.

Era increíble la voz del bajo... bueno, en realidad esta ópera tiene la enorme diferencia de tener tres bajos. Pero uno de ellos, en particular, despertaba un entusiasmo inusitado en el público.

Una actuación increíblemente veraz. Con una voz amorosa y acariciadora, si hacía falta. Potente, intensa y grave, sin embargo, si así lo requería esa aria.

Al acabar la larga representación, el público se levantó de sus asientos:

—¡Bravo! ¡Brava! *Bravi! Bravissimi!*

Y, al saludar uno de los bajos, vino la euforia y la histeria colectiva:

—¡Uetam! —gritaban todos ¡Uetam! ¡Uetam! ¡Uetam!
¡Uetam! ¡Uetam...!

¿Uetam? ¿Cómo la calle alledaña a la Plaza de las
Columnas de Palma? ¡No entiendo nada!

Supongo que sería su apodo... ¿O no?

Pregunté a los de al lado... pero me respondieron en una
lengua ininteligible. ¡Seguía sin comprender nada!

Me gritaron:

—¡Francesco Uetam! ¡Francesco Uetam! ¡Francesco Uetam!
¡Francesco Uetam!

Entendido. ¡Ese era su nombre!

Me senté y esperé los saludos de rigor, los abrazos de la
multitud, los apretones de manos, los gestos de despedida, las
palabras de afecto —yo no entendía ni una sola de esas
palabras— y, finalmente, que el público fuera saliendo, poco a
poco, del abandonadísimo teatro.

* *

Al salir di varios pasos, no recuerdo cuántos... y me
percaté, entonces, de que no estaba cerca de casa... ni en sus
aledaños.

¿Me había perdido —como siempre me pasa—? ¿Dónde
diablos estaba? ¿Y mi móvil?

A mi alrededor, todos “guiris”, “guiris” y más “guiris”. Podía ser cualquier sitio de Europa... sí... pero, ¿dónde estaba realmente?

A lo lejos vi a Uetam.

Su vestuario no era como el de la actuación, aunque era extraño... muy elegante con su larga capa, aunque, sin duda, un poco decimonónico... Desde luego no compraba ropa de moda en línea... (o yo nunca la había llegado a ver en las webs que la gente visitaba).

Lo reconocí enseguida por su aspecto robusto, el gran bigote, la larga barba con dos puntas, las cejas arqueadas, la espléndida melena rizada, peinada hacia atrás y su mirada profunda... ¡Muy profunda!

Comencé a darme cuenta de su extraordinario éxito, de su fama internacional... ¿El mejor cantante de esta época? Sin duda alguna... ¿Por qué no?

No cantaba *reggaeton*... Pero ¡la multitud lo aplaudía! ¡Lo aclamaba! ¡Lo ovacionaba! ¡Lo vitoreaba...!

¡La multitud lo glorificaba!

¡Me extrañó que nadie quisiera hacerse un *selfie* con él...!
¡Raro!

Pregunté a mi alrededor, para informarme más de quién era esta persona... pero nadie me entendía. Todos me miraban

con cara rara.

En ese momento, Uetam se giró hacia mí y, con su extraordinaria voz grave, me dijo:

—Oye, ¡ven aquí...! —Así, ¡en mi idioma! ¡Perfectamente pronunciado! ¡Brutal!

Sorprendido, me acerqué.

—Me he dado cuenta —dijo— de que somos de la misma tierra, por las preguntas que hacías...

—¿Cómo que de la misma tierra? —contesté—

—Pues sí, sí, de Mallorca... —replicó Uetam—. Yo soy mallorquín de toda la vida: de familia numerosa, hijo de mallorquines humildes —marino y estanquera—, casado también con una mallorquina...

En Mallorca me descubrieron y me dieron la oportunidad de comenzar a cantar. ¡Una gran alegría!

Mi primera actuación fue en el Teatro Principal de Palma, donde hace tiempo que no canto, —continuó— pues he tenido que pasar años en otros sitios... repitiendo en algunos de ellos: Roma, Florencia, Lisboa, San Petersburgo, Madrid, Barcelona, Sevilla, Málaga...

—No entiendo nada —repliqué—. ¡Francesco Uetam no parece un nombre mallorquín! ¡No lo es!

—Ja, ja, ja —rió Uetam—. Es que ese no es mi verdadero

nombre. ¡Es mi nombre artístico! El que me permite ir por el mundo... Y por ello, supongo, no nos vemos en Mallorca... Con el mío auténtico era muy difícil ser conocido y poder triunfar por el mundo...

Triunfar, —pensé— ¡se queda muy corto! Por lo que veo, ¡es el mejor cantante mallorquín de todos los tiempos! ¡El mejor cantante del mundo, quizás! ¡Vaya que sí! ¡Y yo no había oído nunca hablar de él!

¡Qué fuerte!

—... Por eso decidí —prosiguió Uetam— hace unos años, darle la vuelta a mi apellido y dejar de ser Mateu, ¡para convertirme en Uetam! —rió—. ¡Mateu es ahora Uetam!...

Ello ocurrió hace unos años, en 1871.

¡Mateu - Uetam!

¿Qué?

Lejos de Mallorca... Mateu... 1871... ¡No entiendo nada! —grité, al borde del colapso... y caí sentado—.

Me rodeó mucha gente, preocupada, y al cabo de unos segundos me dieron la mano Vero, Juan y Marlene y me levantaron del suelo. El gentío comenzó a despejarse y pude ver la fachada del Teatro Principal de Palma y, girando la cabeza, ver la Rambla.

Y allí nos fuimos a cenar.

Como de costumbre, una cena riquísima, abundante y con muy buena compañía.

¡Nos reímos mucho!

Comentamos la ópera y opinamos sobre la cantidad de gente allí congregada.

Recordamos otras salidas y las historias divertidas que siempre hallábamos.

Pensamos en próximos planes.

Recordamos a nuestros hijos, que estudiaban fuera: cada uno en un lugar distante... ¡voladores ambos, como no podía ser de otra manera!

Ya parecía todo más normal. Gente normal. Gente mirando el móvil. Turistas, sí, por supuesto... Pero también muchos vecinos.

Y al salir de cenar decidí continuar por la Rambla... un paseo muy agradable, con muchos árboles y muchos kioscos de hermosas flores...

Y así debía continuar, encaminándome poco a poco a casa, con esa vuelta preciosa, algo más larga... pero que me hacía disfrutar con su belleza.

... Pero algo pasó... ¿sería culpa del vino de la cena? No

creo...

* *

Cuando me di cuenta, los puestos de flores eran diferentes. Ventas de flores, sí, pero sin las casetas que yo conocía y con una disposición de flores distinta.

Eran ventas de coronas, centros, ramos y flores para los muertos... y, al finalizar la rambla, carrozas fúnebres tiradas por mulas o por caballos... dos, ¡incluso cuatro!

Familiares y amigos compraban flores para sus difuntos, se abrazaban con cariño y, mientras andaban, charlaban, comían y bebían.

¡Qué buena idea, no todo era dolor! ¡Me encanta...! Yo quiero algo igual cuando llegue mi momento: ¡un espacio abierto, música, baile, comida, bebida, abrazos...!

Para mi sorpresa y a pesar de la animación, ¡nadie hacía fotos, *selfies* ni hablaba por el móvil! Esto me resultaba muy muy extraño.

De esta forma, familiares y amigos llegaban al final de la Rambla... Allí acababa la ciudad, que estaba cercada por la muralla y se abría al camino de acceso...

¡Qué raro!

¿Y las Avenidas? ¿Y el resto de barrios que las circundan? No acertaba a verlos...

Los familiares salían de la ciudad atravesando la muralla por la Porta de Jesús y acompañaban al difunto, en su carruaje, hacia el camino del mismo nombre: Camí de Jesús, que unía la ciudad con el convento..., de Jesús, por supuesto... y con el cementerio...

Decidí hacer lo mismo y ver qué pasaba.

Escuchaba muy atentamente a mis acompañantes.

Subimos por el camino —una vez más sin asfaltar— ¡Infraestructuras! ¡Belén, Juanjo! Eso sí, muy bien cuidado y circundado por árboles y bancos.

Pasé los bancos curvos —las cuatro campanas, que daban nombre al antiguo Paseo—, bordeé la ribera —no había parque, una vez más, ¡qué raro!— y llegué al Cementerio... sí, sí, ¡a Son Tril·lo!

Seguí al gentío dentro y encontré una gran ceremonia. La gente se aglutinaba en torno a una maravillosa escultura vertical:

¡La fama!

Y allí, en medio, estaba el hijo de Uetam. Era un protésico dental, sí... pero también un increíble artista, un gran maestro en el uso de los materiales y autor de esta fabulosa e indescriptible escultura.

Una escultura monumental, que honraba a su padre y que

lo tiene todo: el ángel negro —mirando y señalando al cielo—, libretos, máscaras —la tragedia y la comedia—, la corona, la lira —de cuerdas rotas por la muerte— y, a su alrededor, por supuesto, notas musicales...

* *

¿Notas musicales? —pensé—.

Y mientras salía de Son Tril-lo, a lo lejos, en mi cabeza comenzó a sonar:

*Ciel! Non un sol, un sol detto,
pel meschino ch'esul sen va!
Ah!, perchè mai parlar non sento
nel vostro cor la pietà?
Ahimè!, quest'alma è oppressa,
ho in core un gel...
Insan! Piansi, pregai nel mio delirio,
mi volsi a un gelido marmo d'avel!*

Giuseppe Verdi: *Don Carlo*.

¡Cielo!, ni una, ni una sola palabra,
¡Para el infeliz que se va!
¡Ah!, ¿por qué nunca escucho hablar
en vuestro corazón a la piedad?
¡Ay de mí! Esta alma está oprimida,

tengo frío en el corazón...

¡Loco! He llorado, he rogado en mi delirio,

¡Al gélido mármol de un sepulcro!

No tengo ninguna duda...

¡Amo la música!

CAPÍTULO 3

¡Como un cohete!

Salí de Son Tril-lo, cogí mi bus, el 29, el de siempre, y me fui a casa. Fue una suerte... no sabía si yo estaba en la hora correcta o no.

En el interior del bus, una persona leía una novela de suspense... parecía entretenida, aunque inquietante... ¡Susto! Dos personas más charlaban entre ellas... ¿Susto? El resto iba con la cara pegada al móvil, o escuchaban *reggaeton* o prestaban atención a *influencers*, también en el móvil... ¡A todo volumen!

Al llegar a mi hogar, me dormí de un tirón y a la mañana siguiente, ya viernes, ¡gracias! —me levanté, como cada día, desayuné, me arreglé y me fui al trabajo.

En el bus pensaba que, con todas estas cosas que me estaban pasando y que me impedían saber dónde estaba, qué día era o qué iba a pasar mañana..., sería una muy buena idea desconectar y quedarme un poco más tranquilo el sábado.

Así pues, se me ocurrió la brillante idea de ir a visitar a mi hermano en Valencia. Aunque nos hablamos con frecuencia,

hacía tiempo que no nos veíamos.

Así que saqué billetes de avión y lo llamé:

—Balí, oye —le dije— que mañana me doy un salto a Valencia y nos vemos.

—¡Qué bien! —me contestó—. ¡Perfecto! Organizo el día.

Al día siguiente, sábado muy temprano, me fui al aeropuerto con el bus A1, pasé el control de seguridad y me dirigí a la sala de espera.

Me sorprendió la poca gente que esperaba... Quizás por lo temprano del vuelo un sábado. ¡Una matada!

Embarqué en el avión —chiquitín—, me senté plácidamente en mi asiento y me eché una cabezadita. Era un vuelo bastante corto.

* *

De repente desperté. Me había quedado frito y parecía haber pasado mucho tiempo.

No estaba en mi asiento, sino recostado —y medio oculto — en lo que parecía ser la cola del avión —larga y muy estrecha, eso sí—, entre dos depósitos de combustible, una manta, una libreta, planos, papeles, un buen bulto de comida y bebida... ¡Uff!

Levanté la vista y vi una aeronave de tipo antiguo, muy

antiguo... ¡una aeronave histórica! —o era una muy buena recreación —pensé—... o era un viejo artefacto, aunque muy bien mantenido... ¿Una pieza de coleccionista, quizás? ¡Quién sabe!

Tenía una cabina totalmente acristalada y grande —en comparación con el tamaño del avión— y, por lo que me dejaba ver, tenía dos alas alineadas en el plano inferior, un solo asiento y un motor de hélice delantero...

Un monoplano, monoplaza, monomotor...

¡Qué mono!... (Perdón, no estaba muy agudo ese día).

A los mandos del avión, una joven... ella sola. Sin más compañía...

No hablaba. Solo miraba al frente, estabilizaba el avión, comprobaba la brújula y corregía el rumbo... ni una palabra... ¡Claro! No había nadie más con ella. Iba sola... completamente sola.

¿Y yo? ¿Qué diablos hacía yo allí?

Asustado, pensé que era mejor no distraerla. No usaba el piloto automático... quizás no había... y no dejaba de estar pendiente del vuelo.

Aburrido, me puse a mirar papelotes (me gusta leer, pero no había ninguna novela... ¡Mecachis!).

Ojeando la carta de navegación y el libro de vuelo, vi que

tenía un plan trazado. Hecho todo a mano... ¿y las herramientas informáticas? ¡Pues no!

Asomándome un poco vi que dejábamos atrás Inglaterra... no sé qué diablos hago aquí, pero cada día está siendo más extraño que el anterior.

Busqué mi móvil para ver el recorrido y la dirección que tomábamos... ¡Nuevamente iba sin él! ¡Ufff!

Hacía mal tiempo, por lo que la piloto fue cambiando recorrido y aeródromos previstos.

Paramos en Francia, Italia, Chipre, Siria, Irak, Pakistán, India, Birmania, Malasia, Singapur, Indonesia, Timor, Australia... Vaya recorrido... y ¡vaya nervios!

Yo, mientras tanto, dormitando en la cola del avión, vigilando los trayectos, comiendo lo que buenamente podía y haciendo un esfuerzo sobrehumano por no dejarme llevar por el pánico que sentía.

En Australia me esperaba una multitud, chillando y aplaudiendo.

No obstante, por lo que yo veía, ella era una persona silenciosa y reservada... y así seguía.

Por lo que decía la gente, el año anterior había batido el récord en el vuelo de Inglaterra a Brasil.

En este caso, era su tercer intento... pero había batido el

récord de tiempo para ese vuelo en solitario de Inglaterra a Australia: ¡menos de seis días!

Qué raro... seis días... pero si era lo que todos decían, así sería...

Y allí, en Australia, estuvo otros cinco días, paradas intermedias, mal tiempo, burocracia —¡muchísima burocracia! —... ¡Terrible! ¡Decepcionante! ¡Frustrante!

Pero debido al retraso, pudo ajustar las condiciones de la aeronave e, importante, atender a los medios... se ve que se estaba haciendo súper conocida a nivel mundial. ¡Una gran alegría poder ver esto en primera persona...!, aunque ella seguía sin enterarse de mi presencia...

Y yo, ¡callado!

Eso sí, haciendo lo posible por entender quién era esta valiente, aunque callada y solitaria mujer... y, sobre todo, qué hacía allí.

La intentaron convencer de que se quedara y diera conferencias y formación...

Pero ella no se dio por vencida, decidida a continuar el largo viaje hacia su país de nacimiento...

Y, finalmente, fue así.

¡Llegó a Nueva Zelanda...!

En total, doce días desde Inglaterra...

Más de 5.000 personas la esperaban, la aplaudían, la ovacionaban, la vitoreaban...

—¡Otro récord! ¡Otro récord! —gritaban las más de 5.000 personas que la esperaban.

—¡Jean Batten! —clamaban— ¡Jean Gardner Batten!

—¡Es la primera persona en hacer el vuelo en solitario de Inglaterra a Nueva Zelanda —decían otros—!

—¡Una heroína de 27 años! —contestaban otros—

—Una proeza... —dijo uno—

—Nada menos que ¡en 1936...! —replicó otro.

¿Cómo que 1936?

¿Otra vez, de aquí para allá y de allá para acá, en el tiempo y en el espacio?

Pasé mucho tiempo en Nueva Zelanda... no sé cuánto...
¡Mucho!

Y mientras tanto me iba acostumbrando a los modos de vida de los años 30.

A Jean Batten la llamaban la diva de los aires, la Greta Garbo del cielo... y, en efecto, su avión, un artefacto de última generación, llevaba grabado algo que parecía recordar a

Garbo... al menos así me lo parecía a mí.

Y un buen día, decidió regresar a Inglaterra... y allí que me colé yo.

Otra vez, agazapado en la parte trasera...

¡12 días más!

* *

Al abrir los ojos, me di cuenta de que había llegado, por fin, al aeropuerto de Valencia. Lo planeado inicialmente, aunque hubiera vivido tantas aventuras antes.

¡Y allí me esperaba Balí!

Fuimos a desayunar (yo venía hambreado y soñoliento) y nos fuimos juntos a recorrer Silla, la localidad valenciana donde él vivía.

Durante el camino, visitamos el Museo de Historia y Arqueología... ¡fabuloso!

Vimos las ruinas de la muralla —bajo el suelo de cristal en el exterior y al descubierto dentro del local—.

También las bases de las casas romanas, las ruedas de molino y el antiquísimo pozo.

Subimos a la torre musulmana, desde la que se avistaban los alrededores para, —en la antigüedad— evitar posibles ataques enemigos.

Y vimos muchísimos más objetos arqueológicos. ¡Una maravilla, el espacio y la atención!

Luego me llevó a patear y conocerlo todo.

Vi innumerables edificaciones de arquitectura modernista y regionalista... y los amables vecinos me explicaron muchísimas cosas sobre el arte, costumbres e historias locales. ¡Gracias!

Y, después, nos fuimos a merendar en la terraza de un grupo poético-musical creado a mediados de 1800... (¿Otra vez de vuelta al pasado?... creo que, esta vez, no).

Allí nos tomamos un cremaet y pudimos ver todo lo que tenía que ver con las fiestas que, casualmente, se celebraban esos días... ¡Otra agradable sorpresa más!

Acto seguido me encontré con mi sobrina Carlota y el maravilloso cuadro que pintaba: *Flores de rojo sobre fondo gris*.

Finalmente, fuimos a ver la increíble puesta de sol en la Albufera...

Y, una vez más, al aeropuerto. Esta vez ya de vuelta a mi hogar.

* *

Al día siguiente saqué a pasear a Duque —el Yorkshire terrier con el que compartimos casa... bueno, él es, en realidad, el dueño y señor...

¿Y a quién me encontré paseando?

Pues a Jean Batten. ¡Sí! ¡En persona! ¡Ella misma! ¡Vivía en Mallorca!

Duque huyó... no sabía muy bien por qué... y al girar la cabeza vi cómo otro perro atacaba a Jean.

¡Qué horror!

Busqué mi móvil para llamar a Emergencias... no lo tenía... ¡una vez más!

Los vecinos la atendieron como pudieron, pero Jean Batten, que vivía sola y era como era, no quiso que se avisara a Emergencias ni a su familia... y se negó a recibir el necesario control y tratamiento médico.

—¡Esto no puede ser! —dijo uno de los vecinos.

—¡No puede ser! —contestó otro—. ¡En pleno siglo XX!

—Es así —dijo el siguiente— ¡1982!

—¿1982? —dije yo ante la asombrada mirada de quienes me rodeaban—. ¡Ya estamos! ¡Otra vez...!

Así, de nuevo perplejo, nos volvimos a casa.

* *

Años más tarde me enteré de que Jean Batten, la solitaria heroína, la diva del cielo, había muerto a finales de ese año, 1982, debido a las complicaciones de aquella terrible

mordedura.

Fue enterrada dos meses después, ya en 1983, sin haber sido identificada, a pesar de su grandísima fama... ¡No lo puedo entender!

¡La mayor heroína del mundo!... ¡Sí, del mundo!

¡Sin identificar!

Aún, hoy en día, una heroína desconocida...

¡No lo puedo entender!

Así, el cuerpo de Jean Batten fue a parar a una fosa común en Son Tril·lo...

Años después, y tras la investigación del consulado, se pudo dar con el lugar en el que reposaba el cuerpo de esta persona tan singular, de esta valiente heroína, junto a los cuerpos de otros fallecidos no identificados.

Y allí está.

Una pena.

Sin duda, ¡sí...!

Pero una vida llena de proezas, de récords, de increíble valentía...

Una vida...

¡Como un cohete!

CAPÍTULO 4

¿Estoy muerto?

Ese día era una fecha señalada. Me permitía pasear con calma por el Cementerio de Son Tril-lo, como me gustaba hacer.

Había mucha gente..., pero yo estaba a lo mío.

Caminé, caminé y caminé..., miré con cariño todos los sitios que me gustaban... y, con el móvil en la mano, me centré en hacer fotos a los elementos principales... o a aquellos que más me interesaban y sorprendían. A aquellos que, cada vez más, me producían una tremenda emoción.

Estaba muy pendiente del estado de las construcciones monumentales, las logradas esculturas, los bonitos caminos y paseos, las bien mantenidas plazas y jardines, los acogedores espacios de descanso, la cuidada vegetación, los vistosos árboles centenarios...

Me entusiasmaba la arquitectura funeraria, sus capillas, templos, mausoleos, edificios monumentales, nichos, criptas y catacumbas.

También sus maravillosas esculturas y las piezas artísticas de ese grandísimo museo que, cada vez más, estaba logrando integrarse en la ciudad y ser más conocido por sus ciudadanos.

Caminé, mirando y volviendo a mirar, una y otra vez, con profundidad y asombro supremo, las distintas esculturas que nutren este espacio...

... Los ángeles... que constantemente aparecen por los paseos. Con antorchas, con flores, protegiendo a las familias, abrazando a sus seres queridos, conduciendo las almas, señalando al cielo...

Oí, un poco sobresaltado, tenues rozaduras y pasos tras de mí... ¿Un ángel?

... Los abrazos... que representan la caricia de la fe, el cuidado de los más pequeños, la alegría del encuentro, el amor...

Más pasos... ¿Un próximo abrazo?

... Las cruces... neogóticas, modernistas, minimalistas,... mirando al cielo, soportando el peso del dolor, juntando imágenes de cariño y ánimo...

Más y más pasos... ¿El dolor que se acercaba?

... Los símbolos náuticos... la barca, el ancla, el timón que guía nuestras vidas...

Seguían los pasos y las rozaduras... ¡Sonidos náuticos no son!

... Los sentimientos... el duelo, el pesar, el desconsuelo, el amor...

Y más rozaduras y aún más pasos..., me giré, con algo de miedo, sin ver nada todavía. ¿Qué podría ser?

... Los símbolos funerarios... esculturas de antorchas boca abajo representando el fin de la vida, pilares soportando un sinfín de imágenes, urnas cubiertas o revelándose, velos que ocultan el dolor, instrumentos musicales con una melodía que siempre va al cielo,... por supuesto, huesos y calaveras que nos señalan el fin y el más allá...

... Alfa y Omega...

Y, en ese momento, sentí una profunda voz en mi interior... me di la vuelta discretamente y ya vi algo..., no muy claramente... y tampoco lo recuerdo muy bien..., pero... algo sí que vi...

Había varias personas. Una de ellas, quizás, con un objeto entre los brazos... ¿Era un trozo de piedra beige...? No estoy seguro..., no. ¡Nada seguro!

Solo sé que, de repente, sentí mucho miedo, miré atrás de manera intensa, eché a correr y, acto seguido, un grandísimo dolor.

* *

Sentí una fuerte sacudida en la cabeza. Un fortísimo impacto (por llamarlo de alguna manera).

¿Fruto de la trabajera, del cansancio y del estrés de todos estos días?

¡Quién sabe!

—¡Ay! —grité en ese momento—. Madre mía, ¡cómo me duele el “crepo”!

En realidad quería decir cerebro..., pero en estos casos de nervios, sale lo que sale..., es difícil de controlar... y yo, desde luego, no lo hacía.

No tenía ni idea de lo que estaba pasando. Quería recordar, pero no me era nada fácil.

Solo sé que quedé muy mareado... me había desplomado cuán largo soy y allí me había quedado tendido.

No sé cuánto tiempo pasó, ni quién me recogió del suelo. Solo sé que estaba estirado sobre una mesa, en una sala luminosa, absolutamente limpia y reluciente, rodeado de un sinfín de instrumentos.

* *

Y allí estaba, horizontal, en el vecino Instituto Anatómico Forense.

El facultativo de guardia inició la autopsia requerida, supongo, por orden judicial.

Me abrieron la cabeza y extrajeron mi cerebro (el “crepo”). Abrieron mi abdomen y extrajeron multitud de órganos y tejidos...

Una vez hecho esto y realizados los análisis necesarios, metieron todo el paquete de órganos en la cavidad abdominal y la cubrieron de nuevo.

Tras hacer las revisiones de rigor, el patólogo firmó el certificado de defunción... sin otras conclusiones que lo que yo ya comenzaba a intuir... pero supongo que el juez quería conocer los pormenores.

Días más tarde pude ver, guardado cerca de mi cuerpo, un gran trozo de piedra. Una piedra muy bonita, de color beige, rugosa, con grandes poros y anchas vetas, muy largas, de cuarzo. Estaba hecha pedazos y tenía grandes manchas oscuras.

¿Podría haber sido agredido con esa piedra? Quién sabe... No tengo ni idea...

¿Quién lo hizo? Lo ignoro. No recuerdo nada... ¡Normal después de tal porrazo!

Acto seguido fui llevado al Tanatorio de Son Valentí — situado al lado de Son Tril·lo—, donde me realizaron, con

mucha profesionalidad y cariño, los trabajos de tanatopraxia y tanatoestética previos a la exposición del cuerpo y la realización del velatorio.

Parecía una actividad mágica:

Limpiaron mi cuerpo, ajustaron con cuidado los órganos en el abdomen (incluido también el cerebro... —mi “crepo” —), cerraron las partes abiertas, realizaron las suturas necesarias, me vistieron, maquillaron mi pálido rostro, arreglaron —algo— mi desordenado pelo y me dejaron preparado para el siguiente paso.

La verdad, no entendía nada de lo que estaba pasando.
¡Nada de nada!

* *

Me presentaron, pues, vestido con traje y corbata —como siempre—, algo despeinado —también como siempre— y reposando tranquilo como pocas veces —con los ojos cerrados —.

Me hicieron descansar —en paz— en una caja mallorquina tradicional.

Me gusta mucho la historia de este ataúd (ataúd, del árabe, caja... —siento ser pesado—), originalmente construido por los avezados carpinteros que, desde siempre, habían hecho fantásticos barcos en la isla. Barcos capaces de soportar, desde hace siglos, el rigor de la navegación, las inclemencias

meteorológicas y los cambios insospechados del viento y la mar. Y este ataúd, como no puede ser de otra manera, ¡es un barco!

Así, que, allí me iría yo...

¡A navegar!

* *

El velatorio estuvo muy bien.

Usualmente, se hace en una de las salas de vela del tanatorio. Un espacio íntimo para que puedan reunirse, con afecto, familia y amigos.

En esta ocasión, hicieron un encuentro exterior, en un espacio vecino, a uno de los jardines del Cementerio. Todo ello bajo árboles frondosos, rodeado de bancos, lugares para descansar y abrazarse, preciosas flores y un sinfín de mensajes bonitos...

Montaron un tinglado con música diversa y muchas canciones grabadas de mi cantante preferida —noventosa— y su excelente grupo musical —aún hoy activo—... Ello generaba una auténtica expectación.

Dispusieron, para quien quisiera, humeantes cafés, copitas variadas, cervecitas y unos riquísimos tentempiés... ¡Hummm...!

Mostraron imágenes y vídeos divertidos en una gran pantalla, que podía verse en todo ese espacio, con algunos altavoces y micrófonos inalámbricos, desde los que los

asistentes podían participar y liarla a voluntad. Y así lo hicieron... ¡Vaya si lo hicieron!

Incluso hubo quienes, al besarse y abrazarse, se pusieron a bailar. Una mateixa... un fandango... un merengue... un quién-sabe-qué...

No parecía algo triste... más bien una fiesta. Un reencuentro de amigos y conocidos. Demasiado cachondeo, quizás... Pero... ¡Eh! Nada mal. ¡Me encantó! Si pudiera, ¡lo volvería a repetir!

* *

Tras el velatorio, me llevaron a la unidad de enterramiento de unos buenos amigos.

Una tumba tradicional del Cementerio Nuevo —la parte Monumental de Son Tril-lo— (1900-1930). Una sepultura oscura, con letras brillantes, presidida por un monumento alargado.

Se acercaron los cuatro operarios del Cementerio, encargados de esta misión.

Con cuidado abrieron unas compuertas inclinadas. Las que sellaban la trampilla que daba acceso a aquel espacio bajo tierra.

Todos ellos estaban muy pendientes del proceso. Iban ataviados con sus equipos de protección individual y manejaban el material de seguridad y los necesarios elementos

mecánicos de soporte.

De manera muy natural bajaron la caja, con un recorrido diagonal. Primero los pies... lo último, la cabeza. Un acto de increíble equilibrio. Se notaba la implicación y la extraordinaria práctica y conocimiento de aquellos fantásticos operarios del Cementerio.

Y, una vez dentro, tuve la oportunidad de ver, más abajo y a mi alrededor, otros féretros, urnas, cajas de restos... ¡Madre mía!

Esto no me lo esperaba. ¡Qué intensidad!

Estaba todo muy oscuro..., aunque se filtraba algo de luz por la trampilla abierta. De esta forma podía observar, con algo de dificultad, la cantidad de elementos situados en torno a mi ataúd. Los espacios destinados a aquellos que me habían precedido.

Y, una vez colocado allí, cerraron con cuidado la antigua trampilla y se hizo la noche. ¡Vaya oscuridad!

Estuve tranquilo. Durante muchísimo tiempo —o eso me pareció—... Con los brazos cruzados, los pies estirados, la tripa llena y los ojos cerrados, creo que no había muchas otras opciones.

¡Dormí como un tronco!

En algún momento me desperté, cansado, ya de

permanecer horizontal.

Me levanté como pude, extendí el brazo, abrí la tapa de la caja, toqué una de las compuertas que sellaban la tumba... y la abrí.

Salí como pude. No fue fácil. Fui escalando aquella superficie vertical, cogiéndome a los salientes que lograba encontrar y apoyando los pies en cualquier elemento irregular... seguro que, con más práctica, le llegaría a coger el tranquillo a todo aquello.

Y, entonces, me quedé muy maravillado con lo que estaba viendo. La luna iluminaba y daba esplendor a todas las tumbas a mi alrededor.

¡Un prodigio el recogimiento y la paz que en ese momento podía sentir!

¡Y, por doquier, la fabulosa experiencia de un arte que todo lo abrazaba!

Di un larguísimo paseo.

En este momento no recuerdo muy bien todos los puntos visitados, o si vi gente —gatos sí que vi, gracias a la inconmensurable labor de los voluntarios que, con gran esfuerzo, dedicación y cariño, los cuidan y alimentan cada día—.

Y así, ya sin dolor, volví a la nueva estancia que me había

sido asignada poco antes.

Descendí con cuidado, cerré la trampilla como pude, me tendí dentro de la caja y, ya un poco más tranquilo, intenté también cerrar los ojos.

Me dispuse entonces a descansar, procurando revivir todo aquello que había ido pasando en estas últimas jornadas... en estos días tan enigmáticos.

Eso sí. A pesar de todo lo que lograba recordar, tenía aún una grandísima duda...

¿Estoy muerto?

CAPÍTULO 5

¡Mamá!

Desperté pronto. ¡Muy pronto!

Era todavía de noche, pero escuché voces... ¡alaridos!, a mi lado:

—¡Despierta! —gritaba el hombre—. ¡Despierta, gandul, que hay que ponerse ya a trabajar!

Me dieron un sopapo. ¡Ay!

Tras de mí, escuché la voz de un niño que parecía tener unos 10 años:

—¿Trabaja? —dijo—.

En mi pueblo —continuó el niño, haciendo una broma— hacemos muy bien todo aquello que acaba en “ar”: cantar, bailar, merendar, disfrutar...

¡Y esa palabra que ha dicho —prosiguió, ahondando en la burla popular—, no acaba en “ar”!

¡No tengo la más mínima duda!

¡Y allí que le dieron, también, otro sopapo!

¿Dónde estoy? ¿Qué es este sitio? —me pregunté, muy sorprendido—.

* *

Me sentía algo adolorido —por el golpe recibido, supongo — y muy cansado tras la mala noche anterior —digo yo—, pero me entró la risa floja.

Y, riendo, miré hacia abajo y vi mi cuerpo... escaso... muy muy escaso. ¿Ein?

Miré entonces mis pequeñas manos... ¿pequeñas? ¡Muy pequeñas...! llenas de callos, llagas y rozaduras. Con mis dedos torcidos y las uñas largas, rotas y muy muy sucias... ¡No entiendo nada!

¿Qué pasa ahora? —me pregunté—.

Hacía días que no hacía más que preguntarme cosas que no llegaba a entender.

Mirando alrededor, observé a algunas personas levantándose de sus camas (trapos y mantas), otros entrando a través del portón... niños y mujeres, fundamentalmente.

Todos vestían ropa muy desgastada, manchada y rota, el pelo muy corto, o ya sin él, descalzos o con viejas alpargatas y, todos todos, vistiendo un horrible mandil de cuero, atado en torno al cuello. Un curioso uniforme.

Ninguno llevaba el móvil en la mano... ¡Qué raro!

Y, mientras tanto, alrededor, varios hombres chillaban como energúmenos:

—¡A trabajar! —decía uno—.

—¡Venga, a trabajar! —exclamaba aquel—.

—¡Vamos, a trabajar! —aullaba éste—.

—¡A trabajar! ¡Comenzad de una vez, pandilla de vagos! —gritaba otro—.

En total éramos más de cien personas —todos muy asustados por tantos gritos desaforados—. De ellos, como he dicho, la mayoría eran mujeres y niños... y, por lo que veía en aquel momento, yo era uno más de esos pequeñines que allí trabajaban.

¡Raro! ¡Otra vez!

Estábamos todos dentro de una nave industrial —por llamarla de alguna manera—.

Se trataba de una barraca muy precaria. Una edificación extremadamente simple, rectangular, de madera, con un suelo duro, muy sencillo, muy mal construida —o muy desgastada, digo yo—.

La barraca tenía una sola puerta, muy pocas ventanas —todas ellas sin cristal—, cerradas con trapos sucios, pero, eso sí, con multitud de huecos y fisuras —de los propios